

EDITORIAL

ENDEREZANDO

Al poco de iniciar el año que ahora ha finalizado, sufrimos el tropiezo, que no esperábamos, que nos sumió en un largo periodo de desasosiego, incertidumbre y preocupación. No hemos vivido en la vida en una situación parecida. El tiempo pasa y deseos y esperanzas se entrecruzan en una realidad enrevesada, que ha venido a aplazar proyectos, ilusiones y acciones.

Poco a poco hemos tenido que ir asumiendo la nueva realidad, que en un principio se pensaba que era pasajera, al constatar que no era algo efímero. Ha ido pasando el tiempo y hemos ido consumiendo la dosis de optimismo que pudiéramos tener, para ir asumiendo que hay que desenvolverse en un entorno agresivo socialmente y con ribetes económicos amenazantes, cuando no efectivos.

Nuestro ámbito masónico ha emergido en este escenario, buscando las opciones que nos brindan las circunstancias, para hacer valer elementos éticos que impulsen los valores que puedan aflorar iniciativas que incorporen la esperanza que requiere el ser humano para afrontar un modo de vida extraño, pero en el que la conciencia alimente los componentes de igualdad, fraternidad y libertad que perfilan a un ser humano recipiendario de rasgos distintivos de una armonía

que tiene como garante al Fran Arquitecto del Universo.

Los medios tecnológicos han ofertado opciones que han permitido paliar la obligada confinación y permitido la conexión colectiva para suscitar la reflexión y renovar los votos de convivencia y armonía que debe reflejar en todo caso nuestras vidas. Hemos hecho de la necesidad virtud y hemos mantenido la llama que alimenta nuestro espíritu, razonablemente a tono. ello no es óbice para que nuestros deseos de retornar a la normalidad, al contacto, a compartir silla con los HH y latir con sus deseos y circunstancias, con sus necesidades y compasión, que nos rfeconfortan cuando lo precisamos y nos acogen cuando somos oferentes. Paz y armonía son deseables, presencial y virtualmente. Son elementos consustanciales con una institución como la masónica en la que la compasión es el tuétano y sustrato en el que desenvolverse.

Las palmeras, exhiben un perfil deseable, al ser capaces de contra viento y marea, capotear las circunstancias, manteniéndose en pie, erguidas, como impasibles, capaces de cimbrarse, pero retornando a su altivez para contemplar las circunstancias adversas y permanecer, aparentemente impasibles, para

seguir contemplando la vida desde las alturas. Símbolo de vida, de eternidad, de constancia, nos refleja desde sus servidumbres a sus fortalezas, los escenarios en los que nos encontramos en estos momentos.

La vida requiere nuestro concurso. Siempre lo ha hecho, más en circunstancias comprometidas. El hastío, el cansancio y la desesperación en la que nuestra actual sociedad se encuentra, requiere de nuestro apoyo. La metodología masónica en la que la actuación de ayuda y consideración de todos los seres humanos como iguales, desde un trato fraternal y respetando y fomentando la plena libertad de todos, independientemente de las circunstancias en las que nos encontremos, son ahora más necesarias que nunca.

Nuestras altas miras, nos permiten otear el horizonte desde una fuerte y convencida esperanza que nos requiere como actores eficaces para hacer posible la reconstrucción de un entorno social, que ahora sufre en sus carnes los embates de una Naturaleza que hemos maltratado de forma impenitente durante demasiado tiempo, omitiendo que es nuestra

madre que nos permite el desarrollo de nuestras vidas.

No importa cuantas sorpresas nos pueda deparar, todavía, la evolución de unas circunstancias, de las que no necesariamente estamos saliendo. Hay esperanzas formuladas que, no necesariamente veremos que cumplen las expectativas. Tenemos que estar preparados para ello. Vacunas, mutaciones, asimetría de las afecciones, negocios y un largo etcétera se entrecruzan en un baile maldito en el que lo más noble choca con los sentimientos más bajos. Ahi hay que dar el do de pecho. Nuestra presencia, nuestro ánimo, nuestras convicciones en las capacidades del hombre y la confianza en su posibilidad de hacer el bien, jalonan nuestras actuaciones. Más que nunca requerimos la fortaleza de pensamiento y sentimiento para poder apoyar a enderezar nuestro entorno. Hay un nuevo mundo por hacer.

Estamos en condiciones de estar a la altura de las circunstancias. Para ello nos preparamos. Ahora nuestra presencia puede resultar benefactora. La Sociedad lo requiere. la madre Naturaleza lo demanda.

Alberto Requena R., 33º
Director de Zenit

